

Sacerdocio y celibato Objeciones

RAZON DEL TEMA.—Ya en otra ocasión nos ocupamos desde estas columnas sobre el mismo tema. El enfoque sobre el asunto nos venía entonces fijado por unos conceptos infelices de un periodista, difundidos desde uno de los órganos de prensa nacionales de mayor circulación, a quien pretendimos refutar.

El tema "los curas" ha seguido esta temporada siendo tópicos de "tribuna libre". Esta última temporada, por cierto, polarizado preferentemente en el affaire "los curas hacen política". Sobre este trascendental asunto se ha venido ilustrando en diversas ediciones de esta Revista.

Sobre el punto que determina el epígrafe no se han silenciado por desgracia las críticas, las opiniones, los insultos. Si esta anarquía de pensamiento influenciara sólamente campo impío, el de los enemigos de Dios y de su Iglesia, nosotros encaramos, tal vez, otros problemas y sugeriríamos otras "orientaciones católicas", persuadidos de lo inútil de nuestro empeño al querer neutralizar sus criterios, allá del otro lado de sus fronteras.

Lo doloroso del caso es que la desorientación alcanza a las filas católicas. Entre éstas hay psicologías amargadas que tienen interés en desorientar el criterio ortodoxo y legítimo sobre determinadas disciplinas eclesiásticas. Y se permiten interviuis y sueltos escandalosos en voceros de prensa comunista, que por desgracia, llegan inescrupulosamente a manos de personas católicas. (Recuérdense hechos recientes. No hay por qué apuntar nombres, ni títulos de diarios).

El saldo de estos hechos en zona católica es: Unos se hacen eco en sus conversaciones, en sus criterios, en todo o en parte, de los sofismas libertarios de los demoleedores de la secular santidad sacerdotal. Otros, apesadumbrados por lo lamentable del espectáculo, se encuentran sin palabra muchas veces para defender la tesis auténtica.

Quienes así reaccionaban en la mejor fórmula, nos apremiaban, semanas atrás, con motivo de unas conferencias sobre el sacerdote, a que les proporcionaríamos datos y documentos para esta noble empresa. Empresa, por desgracia, nos afirmaban, de todos los días, en los ocios de la oficina, del Liceo, de las reuniones sociales...

Esta vez, al plantear el problema no nos vamos a hacer eco de esta o aquella estridencia que se haya producido, ayer u hoy, aquí o allí. Las objeciones son seculares. La defensa es igualmente secular. En ella han terciado ingenios preclaros de la cultura y del catolicismo. Vamos a abrir las páginas de importantes Enciclopedias teológico-católicas, calzadas sus columnas con firmas de la más auténtica estirpe científica.

Condensamos, principalmente de VACANT, "Dictionaire de Theologie Catholique", y de DALES,

A. "Dictionaire Apologetique de la Foi Catholique", el importante artículo sobre este tema de Henry Auffroy, S. J. Resulta particularmente interesante, por las citas de reconocidos hombres de ciencia que incorpora en su exposición y por los fragmentos de cartas y escritos de Lutero, el gran impugnador de la santidad sacerdotal.

1a. OBJECCION: "PARA LOS ANGELES, NO PARA LOS HOMBRES".— La tesis de la austeridad sacerdotal en punto a castidad es bella. —no tienen inconveniente en reconocerlo muchos—. Pero algunos la encuentran demasiado sublime, magnífica para los ángeles, pero no para los hombres. "La castidad, afirman, es imposible. El instinto que pretende contrariar es irresistible. Afectar dominarlo es pura hipocresía".

La objeción no es de hoy (bien refutada por BIERBAUM en "Der Katholik, 1910, I, p. 68). Los clérigos incontinentes de la edad media se excudaban con ella para justificar su debilidad. LUTERO la expresa crudamente y la repite hasta la saciedad. "De la misma manera que no está en mis manos el no ser hombre, de la misma no depende de mí el vivir sin una mujer". En nuestros mismos días es el eterno refrán de los fracasados y sus protectores.

Adviértase que ningún católico puede en conciencia suscribir semejante error, condenado por el Concilio de Trento: "Si alguien sostiene que se puede contraer matrimonio, aun cuando se tenga voto de castidad, cuando no siente uno en sí el don de esta virtud, sea anatema. Porque Dios no rehusa concedérselo a quien se lo pida como conviene, y no consiente que seamos tentados sobre nuestras fuerzas". Sesión XXIV. de Sac. Matrim., can. 9 D. B. n. 979.

Lo que puede causar un espejismo, es que para ciertos individuos, la castidad presenta dificultades que rayan en lo imposible. Se trata de temperamentos profundamente viciados, herederos de una tara atávica o esclavos de hábitos inveterados. Para ellos, el apetito sensual está tan sobre-estimado que el no satisfacerlo sería un suplicio. La voluntad ha adquirido el hábito de ceder ante él tan docilmente que, a menos que medie un milagro, continuará obedeciéndolo.

Pueden llegar inclusive a términos en que no tengan conciencia de sus actos que los multiplican maquinalmente. O también puede darse el caso de que la perturbación de sus facultades mentales paralice alguna vez su libre arbitrio y suprima su responsabilidad. Pero estos son casos anormales de desequilibrio patológico.

Tales sujetos no son aptos para el sacerdocio manifiestamente. Si aventurándose, trataran de pretenderlo, confesores y directores estarán obliga-

dos a impedirlo. SAN ALFONSO enseña, y es doctrina común, que se debe negar la absolución al candidato al sacerdocio que pretenda recibir el subdiaconado a pesar de sus hábitos viciosos, por ocultos que sean. El sacerdote a quien se le confie esta declaración intima le impedirá acercarse a las Ordenes sagradas, en tanto el interesado no dé serias pruebas de conversión.

La vida clerical, como lo advierte el Concilio de Trento (Ses. XXIII, De ref., c. 13), no conviene sino a aquellos "de quienes se espera, con la gracia de Dios, podrán guardar continencia".

Por eso se guarda una selección delicadísima en los candidatos al sacerdocio. Se los prepara con larga formación, austera, casi monacal. Se les cultiva espiritualmente con el mayor esmero adiestrándoles en las armas de la piedad, de la oración, del santo temor de Dios. Creándoles la mística de su ideal.

Ya para salir a la vida apostólica, la Iglesia al imponer la carga del voto de castidad, pretende inmunizar al candidato con una transfusión extraordinaria de gracia, lo protege con especiales cautelas disciplinares. Le entrega poder omnimodo sobre el Cuerpo y la Sangre de Cristo, como la mejor garantía para su castidad sacerdotal. La continencia es sobre todo asunto de la gracia.

Si el sacerdote lleva una vida verdaderamente sacerdotal, ocupada y orante, si celebra dignamente los misterios, le es posible la castidad.

Pero si descuida la oración, si se permite imprudentemente todas las lecturas y frecuentar todo lo frecuentable el alma poco a poco se entibia. La gracia no desciende ya "con la misma eficacia". Así se llega rápidamente a las caídas groseras y vergonzosas...

Lutero, monje, profesor, predicador y vicario de su orden, se deja absorber tan completamente por sus ocupaciones exteriores que no encuentra tiempo para rezar su oficio ni para decir la misa. (Carta a Lang, prior de Erfurt 26 de Octubre 1516: "Pocas veces me queda tiempo para rezar horas ni celebrar". Olvida sus deberes de regla, pierde el cuidado de la vida espiritual, se entrega a la bebida.

¿Qué de extrañío si inmediatamente tiene que declararse abrasado por la concupiscencia? Carta a Melancton, 13 julio 1521: "Aquí me tienes insensible y encallecido en la inacción del ocio, rezando poco por desgracia, gimiendo poco por la Iglesia de Dios, y sintiéndome arder en grandes incendios de mi carne indómita. Total que, en lugar de arder en fervor mi espíritu, me siento arder en mi carne, en el placer, en la pereza, en el ocio, en la somnolencia.

Recientemente, un nuevo descarriado reconocía que el "devotismo" mantiene las pasiones adormecidas. "Durante los años de seminario, escribe, ... la fe ardiente del joven levita le hace triunfar de los sentidos y el hábito de dominarlos apaga poco a poco los ardores devoradores". Julio CLARAZ, "El Matrimonio de los sacerdotes", p. 85. Pero, añade, "el fervor pasa y queda la naturaleza".

Claro, se renuncia a la reserva que recomiendan los mayores, se quiere gustar de la "alegría del vivir" y al poco tiempo se siente la necesidad de todos los desahogos pasionales y ya no tiene energías para resistir a ellos:

En una palabra, la continencia, imposible u la naturaleza, es posible a la gracia que Dios ofrece libremente a sus sacerdotes. Se encontrarán desarmados ante la tentación si efectivamente abandonan los recursos, positivos y negativos, que la Iglesia les propone o les impone.

2a. OBJECCION: "LA CONTINENCIA, ANTI-HIGIENICA".— Los adversarios del celibato no se dan por vencidos. Páse, replican, admitamos que la continencia no es absolutamente impracticable. En todo caso es malsana, contraria a las exigencias de la higiene. Someterse a ella es echar a andar por el camino de la neurastenia y de la locura.

Sobre este punto tendríamos que observar en primer lugar que muchas de las incomodidades que sufren algunos célibes dependen menos de su castidad que de su falta de sentido práctico. No saben organizar su vida ni saben procurarse una alimentación sana. O también se reducen a un aislamiento que les abrumba, les fastidia, les deprime. Caen, o creen caer, de la bradisepsia en la dispepsia, de la dispepsia en la hypocondría, de la hypocondría en la psiquiatría...

En estos casos, ¿se deben sus males a su virtud, o a su poca maña y a su egoísmo? Muchas veces una reglamentación mejor del tiempo, una higiene mejor comprendida, otras veces también, un aumento de trabajo, un mayor celo para preocuparse del prójimo olvidándose de sí mismo, bastaría para curar jaquecas y humores sombríos.

Por lo que respecta a los pretendidos peligros fisiológicos de la continencia misma, permítasenos para apreciarlos ceder la palabra a especialistas y relatar simplemente el testimonio de médicos competentes.

Por angustias de espacio no podemos reproducir aquí la colección impresionante de textos de hombres de ciencia. (Doctores, Profesores de Universidad, autores de obras de higiene sexual, de neuropatología, psiquiatría...) que coinciden todos ellos en pronunciarse por los fueros de la continencia, y citando, muchos de ellos, otras autoridades en la materia y conclusiones de congresos médicos sobre este asunto.

Nos contentaremos con citar los siguientes, remitiendo al lector a los Diccionarios mencionados más arriba en las palabras Celibat y Sacerdoce.

Dr. FRANCOTTE, profesor en la Universidad de Liège;

"La continencia perpetua, tal como se la impone el sacerdocio católico, no está en contradicción con la naturaleza humana. Las consecuencias patológicas que se le han pretendido asignar, no se pueden establecer en manera alguna". "Annales de la Société scientifique de Bruxelles. De quelques points de morale sexuelle dans ses relations avec la médecine". Relación presentada a la sección de medicina de la Sociedad científica de Bruxelles, por el Doctor Xavier Francotte. Sesión del 10 de Abril 1907, p. 36.

Segunda conferencia internacional para la profilaxia de la sífilis y de las enfermedades venéreas. Bruxelles, 1902:

"Hay que enseñar a la juventud masculina que no solamente no son nocivas la castidad y la continencia, sino que estas virtudes son más recomendables desde el punto de vista médico". Memoria de las sesiones, publicada por el Dr. Dubois-Havenith, secretario general, Bruxelles, Lamertin, 1903, T. II, p. 512; cf. p. 453.

Este voto fué presentado por Neisser, Bertarelli, Mme. Bieler-Boehm, de Petersen, H. Minod, Peroni, Pierson. Fué aceptado por unanimidad. Estaban presentes a las conferencias, entre otras muchas eminencias del mundo sabio, los doctores Lesser, Balzer, Burtreaux, Gaucher, Earthelemy, etc.

Dr. Ch. FERE, médico de Bicetre:

"Aquellos que son capaces de la castidad psíquica pueden guardar la continencia sin temer nada... para su salud, que no depende de la satisfacción del instinto sexual. Los médicos componentes que se han ocupado de higiene sexual no ponen en duda la inocuidad de la continencia".

BEALE, profesor en el Colegio Real de Londres, dice que "no se repetirá lo bastante que la abstinencia y la pureza más absoluta son perfectamente compatibles con las leyes fisiológicas y morales". (Citado por Féré, *L'instinct sexuel, Evolution et Dissolution*, 2e. edit. p. París, Alcan, 1902).

Doctor Emile Kraepelin, profesor en la Universidad de Munich:

"No hay en mis conocimientos absolutamente ninguna experiencia que permita atribuir a la abstinencia sexual una influencia perniciosa sobre la vida psíquica. De lo contrario, las jóvenes de las mejores familias padecerían catatonía en una proporción pavorosa.

En general, en personas normales que gozan de buena salud, decrece paulatinamente la excitabilidad sexual por efectos de una continencia prolongada". (Dr. Emil Kraepelin, *Psychiatrie*, 7 te Auflage. Leipzig, 1903, p. 76).

Doctor R. VON KRAFT-EBING, profesor de psiquiatría y de neuropatología en la Universidad de Viena:

"Falta de satisfacción sexual. Se la considera con frecuencia como causa de neurosis y psicosis, pero en realidad no produce efectos sino en los neuróticos y tarados y en los casos en que el instinto genital ha adquirido fuerza anormal. Estas dos condiciones se encuentran reunidas muchas veces en individuos tarados". Doctor R. von Kraft-Ebing, *Traité clinique de Psychiatrie*, traducido de la quinta edición alemana por el Dr. Emile Laurente, París, Maloine, 1897, Liv. II, P. II Les causes de la folie, cap. II, Causes occasionelles ou adjuvantes, p. 229.

3a. OBJECCION: "LA CONTINENCIA PROVOCA DESORDENES MORALES".— Una tercera objeción más páfida se lanza contra la moralidad del celibato. Sin duda que la ley que la prescribe a los sacerdotes está encaminada a santificarlos, pero a condición de que sea observada con fidelidad, lo mismo en lo íntimo de la vida privada y en el fondo de la conciencia, que en la conducta exterior y a los ojos del pueblo.

Ahora bien, no es así observada, no lo ha sido jamás. Al suprimirles a los ministros del altar la posibilidad de uniones legítimas, conformes a los postulados de la naturaleza, la Iglesia no ha conseguido otra cosa que provocarlos al pecado. Han buscado en desórdenes más o menos secretos satisfacciones que no tenían medio de procurárselas honestamente.

Esto es fatal, porque "quien quiere hacer de ángel, hace de bestia". Y ya es tiempo de volver al

consejo de San Pablo: es mejor casarse que abrasarse (en la concupiscencia) I Cor VII, 9.

—Basta una observación simplicísima para despertar alguna duda sobre el fundamento de semejantes acusaciones. Si los efectos del celibato son tan desastrosos como se pretende, ¿cómo puede ser que la Iglesia mantenga su legislación tradicional tan insistentemente en este punto? Los concilios y los papas tienen el cuidado de la gloria de Dios y del honor del Clero. Toda su actividad disciplinar enfoca su preocupación a disminuir las faltas y, a promover la santidad entre los fieles y mucho más entre los pastores.

Por otra parte los jefes de la Jerarquía, que no llegan a la cumbre sino después de haber recorrido todos los grados, conocen mejor que nadie los puntos fuertes y los débiles del cuerpo sacerdotal. Y tenemos que no consienten ninguna concesión en punto a castidad. Con una energía reposada y confiada, persisten en exigir que los subdiáconos se obliguen a la continencia, y reprueban toda veleidad con la misma energía que si se tratara de una herejía.

Es prueba de que a su parecer el celibato eclésiástico produce algo más que frutos podridos. Estimamos que esta ley austera es suficientemente obedecida como para compensar con el bien que ella produce el mal a que daría ella ocasión. Esto nos previene para no aceptar sin control ciertas declaraciones demasiado rimbombantes contra la corrupción universal del clero.

De hecho, los autores de folletos difamatorios en este sentido, adoptan un procedimiento injusto y desleal. Acumulan en un cuadro impresionante todos los escándalos que han desolado a la Iglesia en el correr de los siglos y ante este cuadro en el cual no pintan sino horrores, se rasgan las vestiduras y creen que aquello es Babilonia y sus prostituciones.

Pero en realidad, esta serie de crímenes está lejos de constituir todo el pasado y todo el presente de la Iglesia. Reducir toda su historia a este pequeño número de páginas sombrías, es mutilarla, desnaturalizarla. La perspectiva de conjunto, que solamente ella, permitirá un juicio equitativo, es más amplia y más luminosa: del otro lado de regiones oscuras y tristes, descubre a la vista horizontes espléndidos, riosamente iluminados.

Cierto, la incontinencia de los clérigos es una plaga que sufrió la Iglesia en algunos periodos. Pero al mismo tiempo que había prevaricadores, había también santos. Cada siglo los ha conocido. Y estos santos con muchísima frecuencia han sido sacerdotes y religiosos heroicamente fieles a su voto de castidad, y esta primera renuncia a sus sentidos fué el primer esfuerzo de su ascetismo, la piedra angular que soportó todo el edificio de su perfección.

En su escuela se formaron grupos de numerosos discípulos que siguieron el mismo camino. Sin llegar a la gloria de sus maestros, dejaron sin embargo una memoria veneranda. Los anales de cada diócesis, de cada orden religiosa, contarían por centenas estos ejemplares nobles y puros de abnegación cristiana. Esto es suficiente para compensar miserias.

Insistimos todavía. Al lado de unas épocas que no dejan más que la impresión desagradable de decadencia, otras ofrecen el espectáculo de un maravilloso resurgimiento. Si la Iglesia ha conocido abusos en su seno, jamás los ha aprobado, jamás se ha resignado a ellos.

Ha querido abolirlos y ha triunfado en su empeño.

Nada más revelador de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, que estas reformas sucesivas, que renovaron periódicamente las costumbres del clero a una corrección más edificante. Después de las tristezas del siglo décimo y undécimo, los papas que no dejan de combatir por la continencia de los clérigos, terminaron por triunfar tanto de hecho como de derecho.

"En el siglo trece, escribe Vacandard, los sacerdotes que vivían en concubinato no formaban más que excepción". (Dictionaire de Theologie Catholique, Vº, Celibat, col. 2987.

Hubo que deplorar inmediatamente un retroceso. Pero el Concilio de Trento emprende una reforma general. A medida que fueron aplicados sus decretos en diferentes regiones de Europa, fué subiendo el nivel de la santidad sacerdotal. Las disposiciones relativas a la larga y sobrenatural formación de los candidatos a las órdenes, fueron especialmente bienhechoras.

"LAS APARIENCIAS ENGAÑAN.— Lenguas malévolas insinúan que las apariencias pueden ser engañosas y que una conducta exteriormente seria no es prueba infalible de la pureza del corazón.

Pero tampoco es una prueba de lo contrario y nadie tiene derecho a suponer faltas ocultas, en donde ningún indicio sugiere su existencia. Más aún: Hay entre nosotros sacerdotes, misioneros, y gracias a Dios en gran número, cuya vida a ciencia y paciencia de parroquias enteras es tan devota, tan santificada por la abnegación, tan fecunda en éxitos apostólicos, que la menor sospecha sobre sus personas, levantaría tormentas de indignación en quienes los conocen de cerca, quienes rechazarían como injusticia manifiesta tal actitud!

Quien está bien informado, siempre que sea sincero, declara en favor de nuestro clero. Tal, por ejemplo, el Dr. Good, antiguo médico de marina: "Por entrevistas en mis viajes con misioneros en las colonias, escribe, y por ciertas condiciones en las cuales me he encontrado más tarde he podido conocer muchos sacerdotes y monjes en los cuales la elevación de sus miras y amplitud de espíritu no les excluía, a priori, toda relación con un hombre que no pensaba siempre como ellos. No podría reproducir nuestras entrevistas, pero resulta de mis observaciones, que el número de los que entre ellos guardan el espíritu y la letra del voto de castidad es mayor de lo que se piensa generalmente". (GOOD, *Higiene et Moral*, p. 47) Otros además del Doctor Good han recibido semejantes confidencias, pero sus labios están sellados con un secreto sagrado.

"ES DECIR: ¿SON IMPECABLES LOS SACERDOTES?— ¿Ninguno se deja vencer en la lucha contra las pasiones? No es eso. ¿Qué clase de hombres por reducida que sea realiza esta perseverancia unánime en el bien? Sin embargo, atiéndase bien: en la carrera de sacerdotes que no son inmutablemente fieles, a parte de excepciones verdaderamente monstruosas, las caídas no son sino accidentes, desfallecimientos momentáneos, profundamente lamentables, sin duda, pero rápidamente expiados por el arrepentimiento y seguidos de un ani-

moso resurgimiento. Pero para evitarlos, el peor de los remedios sería el matrimonio.

Este paliativo sería insuficiente. Evitaría, tal vez, algunas faltas. No las suprimiría todas.

"Una virgen, dice LUTERO, una viuda, un célibe, satisfacen al precepto de no sucumbir a la concupiscencia, con más facilidad que una persona casada, que concede ya algo a la concupiscencia". ("Contra malignum Johannis Eccii iudicium, 1519. Ed. Weimart, t. II p. 64).

Escribía estas líneas en 1519, antes de consumar su ruptura con Roma. Pocos años más tarde, se casaba él y se empeñaba en que los sacerdotes, los monjes y las monjas lo hicieran también para librarse de sus tentaciones.

Desgraciadamente para él, el éxito no correspondió a sus esperanzas. "Nada puede curar la pasión, declaraba en 1536, ni el mismo matrimonio". Sólo la libido con ningún remedio puede curarse, ni siquiera con el matrimonio, que está ordenado por disposición divina como remedio para la naturaleza débil. La mayor parte de los casados vive en adulterio. DENIFLE, "Luter", t. I, p. 30 168 sgs. Y corroboraba su tesis con comentarios de lo más cínico.

Según el testimonio de sus contemporáneos, los descarriados, que arrastrados por él, se eligieron esposas, no encontraban junto a ellas el antídoto de sus vicios. Los predicadores casados llegaban a excesos más frecuentes y más graves que los sacerdotes fieles al celibato y a la Iglesia (Denifle, loc. cit. t. I, p. 71).

Pero admitamos que si se permitiese el matrimonio a los sacerdotes preservaría del naufragio o de accidentes lamentables a algunos de virtud frágil. Pero a qué precio pagaríamos estos salvamentos:

El sacerdote casado, es tronchar el ideal, es reducir la vida sacerdotal al nivel de un funcionarismo trivial, es destruir el prestigio del padre de las almas a los ojos de su pueblo, es oscurecer en su propia conciencia el carácter sagrado, es comprometer la intimidad de sus relaciones con Dios, es sofocar la llama apostólica en su corazón por los cuidados del hogar.

Este desencanto ha sentido el protestantismo en la hora actual, por ejemplo en Inglaterra, y pone sus miradas en el celibato. Los simples fieles lo reclaman para sus pastores. Un anglicano pedía hace unos años menos "clergymen" con esposas e hijos, y más "sacerdotes" que no pertenezca sino al Señor. (*Revue hebdomadaire*, 15 agosto 1912, p. 126)

La Iglesia católica romana tiene "sacerdotes", no se resignará a contentarse con "clergymen".

LA SOLUCION ES OTRA.— Si se quiere hacer mejor un clero ya excelente, basta con seguir más exactamente los consejos tantas veces repetidos por las autoridades competentes. Vigílese el reclutamiento y elimínense implacablemente las vocaciones dudosas, porque PIO X, entre otros, nos advierte que en esto la calidad importa más que la cantidad: "Es mejor falten pastores, escribía al metropolitano de Venezuela, que tenerlos tales cuya perversidad sea causa de ruina para el pueblo cristiano, y no causa de salud". (Carta al R. P. D. Juan Bautista Castro, Arzobispo de Caracas, Act. Ap. Sed., 1912, p. 26).

F. M.